

Marx y Tocqueville frente a 1848. Un futuro para la revolución

Marx and Tocqueville in Front of 1848. A Future for the Revolution

DOI: 10.0032/RACP.12620587

Joaquina Perochena*

UNR

Argentina

Fecha de recepción: 20-03-2024

Fecha de aceptación: 08-05-2024

Resumen

Estas notas tienen por objeto el análisis de las reflexiones que realizan Alexis de Tocqueville y Karl Marx sobre la coyuntura francesa de 1848-1852. El eje argumental gira en torno al fenómeno de la repetición vinculado a la emergencia del Segundo Imperio y el registro metodológico se inscribe en el complejo vínculo entre teoría e historia. El corpus seleccionado se concentra, por un lado, en Recuerdos de la Revolución de 1848 de Tocqueville y en el Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte de Marx, y por otro, en la correspondencia que ambos intercambiaron con sus principales interlocutores del momento, donde reflexionan y discuten sobre el presente y el futuro de la situación de Francia.

Palabras clave: Alexis de Tocqueville; Karl Marx; Luis Napoleón; Revolución; Imperio.

Abstract

These notes intend to analyze the reflections made by Alexis de Tocqueville and Karl Marx on the French situation of 1848-1852. The argument revolves around the phenomenon of repetition linked to the emergence of the Second Empire and the methodological record is inscribed in the complex link between theory and history. The selected corpus focuses, on the one hand, on Memories of the Revolution of 1848 by Tocqueville and on the Eighteenth Brumaire of Luis Bonaparte by Marx, and on the other, on the correspondence that both exchanged with their main interlocutors of the moment, where they reflect and discuss the present and the future of France's situation.

Keywords: Alexis de Tocqueville; Karl Marx; Louis Napoleon; Revolution; Empire.

* <https://orcid.org/0009-0009-6732-7060>. Correo electrónico de contacto: joaquiperochena37@gmail.com

I. Introducción

“La fatalidad nos hace invisibles”, dice Gabriel García Márquez en su *Crónica de una muerte anunciada* (2005, p. 47). Esta no será la crónica de la muerte, o tal vez sí, de la Segunda República Francesa, sino la crónica de un nacimiento, o una resurrección: la del Segundo Imperio Francés.

El propósito de estas notas es reflexionar sobre el fenómeno de la repetición en los escritos de Alexis de Tocqueville y Karl Marx referidos a —y producidos durante— la coyuntura que se abrió con la revolución de 1848 en Francia. Dicho fenómeno se desprende de los dos ejes en los que se centra el análisis de las siguientes páginas: la concepción del tiempo y la idea de revolución que emergen del corpus seleccionado¹. Aun cuando ambos autores se inscriben en la moderna noción de temporalidad que inauguran las revoluciones de fines del siglo XVIII —con su dimensión lineal, progresiva y teleológica—, al evocar la imagen de la repetición ante los hechos de 1848 parecen recuperar un aspecto de la antigua premisa del tiempo circular (Koselleck, 1993).

En esa evocación —y en la tensión que produce entre pasado, presente y futuro— es preciso detectar modulaciones asociadas a los contextos que les dieron sentido. Retomando las corrientes de la historia intelectual que postulan que las teorías y los textos no constituyen mónadas aisladas de su contexto, el enfoque metodológico adoptado plantea este “trabajo a dos tiempos, uno teórico y otro histórico, y sobre la potencialidad de su diálogo mutuo” (Majul, 2021, p. 39). Pierre Manent (1990) afirma al respecto que la filosofía política moderna fue “pensada y querida antes de ser puesta por obra” (p. 8). Al mismo tiempo, sabemos que una vez que la filosofía política se adentra en la propia vida política, ambas se retroalimentan generando una relación de reciprocidad. En este segundo registro, existen acontecimientos o procesos que pueden ser vislumbrados desde las constelaciones teóricas vigentes y otros que irrumpen sin ser previstos, aun por aquellos autores que, como Tocqueville y Marx, se caracterizaron por su obsesión para imaginar el futuro.

Desde esta perspectiva, si bien los autores seleccionados son taxativos en evidenciar la repetición de acontecimientos de 1789 en la emulación que hacen los actores de 1848 de

¹ Estas notas son el resultado de una investigación en curso para la Tesis de Licenciatura en la carrera de Ciencia Política realizada en la Universidad Nacional de Rosario, y con el apoyo de una Beca EVC-CIN (2023). Una versión preliminar fue presentada en el XV Congreso Nacional y VIII Congreso Internacional sobre Democracia en Rosario (2022). Agradezco a los evaluadores anónimos, cuyos agudos comentarios contribuyeron a mejorar este texto.

aquella revolución fundante —como veremos a través de sus textos canónicos en el primer apartado—, la hipótesis que guía esta indagación gira en torno a un llamativo silencio. Ni uno ni otro pudo —o quiso— ver una dimensión fundamental que formaba parte de ese primer ciclo revolucionario: la reencarnación del primer Napoleón en el Segundo Imperio de Luis Bonaparte.

En el plano teórico, la reflexión retoma el debate clásico acerca de la deriva revolución democrática/despotismo en el que se inserta el fenómeno de la repetición aquí analizado. En esa dirección, Hannah Arendt (2009) advierte que si los actores de la revolución de 1789 se caracterizaron por “no tener ni la más ligera idea de lo que iba a ser la trama del nuevo drama a llevar” (p. 36), los de 1848 ya conocían el repertorio y buscaban atenerse a su libreto: “quienes iban a la escuela de la revolución, aprendían y sabían de antemano el curso que debe tomar una revolución” (Arendt, 2009, p. 76). Sin embargo, el hecho de que los revolucionarios supieran sus líneas no implicaba que comprendieran y reconocieran en ellas las posibles consecuencias de sus actos. François Furet (2016), por su parte, afirma al respecto que:

Con un segundo y último ciclo repetitivo, los franceses refundan y, por consiguiente, cristalizan en el largo plazo las mismas formas políticas, renacientes de las mismas revoluciones: [...] dos insurrecciones parisinas victoriosas (Julio de 1830; Febrero de 1848) y dos insurrecciones aplastadas (Junio de 1848; Marzo de 1871), una segunda república después de la primera e incluso un segundo Bonaparte, mientras que el primero había sido considerado un hombre único en la historia (p. 59).

Toqueville y Marx, a lo largo de sus textos de coyuntura, cuando analizan el proceso político abierto en febrero de 1848, describen y procuran explicar las escenas, los personajes y los discursos de ese presente bajo la sombra de una revolución pasada, la de 1789. Tanto el primero en *Recuerdos de la Revolución de 1848*, escrito entre finales de 1850 y principios de 1851, aunque publicado póstumamente, como el segundo en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, escrito entre finales de 1851 y principios de 1852, encuentran en ese pasado mítico las pistas del fenómeno de la repetición a partir del cual proyectan hacia dónde se dirige el rumbo abierto en 1848. Pero el ciclo repetitivo —sobre el cual insisten en sus textos— es analizado antes de que el proceso desatado por el acontecimiento pueda efectivamente cerrarse. La previsión de ese futuro cercano no vislumbró el devenir de aquella historia. Los

acontecimientos de febrero como también los de los años posteriores “sorprendieron incluso a los republicanos más decididos”, sostiene Pierre Rosanvallon (2015, p. 255).

Habitualmente se ha fijado el golpe de diciembre de 1851 como el punto de inflexión de este proceso, minimizando el hecho de que tan solo un año después se daría la verdadera repetición. El imperio francés resurgía de sus cenizas y, contra todo pronóstico, se mantendría en pie durante casi veinte años. La pregunta, entonces, es si en la repetición que divisaron nuestros autores, el desenlace final los tomó por sorpresa o si hubo señales que quedaron registradas en otros corpus documentales, más allá de las obras antes citadas. Para responder a este interrogante es preciso penetrar en otro registro documental, tan relevante como fragmentario: el de la correspondencia. A tal efecto, se integran aquí las cartas (aquellas disponibles hasta el momento para su consulta) que Tocqueville y Marx intercambiaron con sus principales interlocutores del momento durante los años posteriores a la revolución hasta la llegada del imperio, donde reflexionan y discuten sobre la situación francesa y su futuro². La correspondencia seleccionada repone el tema central de estas notas desde un ángulo diferente. El género epistolar permite iluminar zonas de silencio que otras fuentes —como los textos canónicos— callan intencionadamente. En este caso, las misivas ofrecen pistas relevantes; en particular las que expresan las cambiantes representaciones respecto del devenir del poder ejecutivo en Francia en aquella vertiginosa coyuntura.

Las siguientes páginas se ordenan en apartados que siguen la cronología del proceso, desde la revolución hasta la emergencia del Segundo Imperio. En la primera sección se desarrollan las interpretaciones de Tocqueville y Marx sobre los acontecimientos de 1848 a partir de las obras ya citadas que forman parte del corpus. En las restantes secciones se integra la correspondencia de los autores en la secuencia que marcan los años 1849, 1850, 1851 y 1852, y las notas se cierran con una reflexión conclusiva³.

II. 1848: una historia que se repite

La monarquía de julio, junto al resto de los gobiernos europeos, no había encontrado un terreno estable para su economía durante la década de 1840, dando por resultado el

² Cabe aclarar que se consultó la correspondencia de Tocqueville y Marx, disponible en compilaciones en inglés y francés, a lo largo de los cuatro años de referencia para este trabajo: 1848-1852. Las traducciones al español son propias.

³ Cabe destacar que el recorte temático se nutre de contribuciones realizadas desde la Teoría Política argentina. Entre otros autores: Aguilar (2008); Núñez (2022); Roldán (2007); Sazbón (2002); Tarcus (2023).

“empeoramiento brusco de las condiciones de vida de las masas” (Claudín, 1985, p. 8). A esto se sumaba una creciente oposición de buena parte de los sectores políticos que consideraban que el gobierno solo buscaba beneficiar a los sectores de la burguesía censitaria. Esos sectores se organizaron en la llamada Campaña de los Banquetes donde se reunían a debatir posibles reformas para el gobierno. La prohibición de esas campañas fue la chispa que encendió la mecha de febrero. Durante dos días la muchedumbre se adueñó de las calles, levantó barricadas en los barrios de París y, en la noche del 24, asaltó las Tullerías. Ante el curso de los acontecimientos, Luis Felipe abdicó y se proclamó la Segunda República. El gobierno provisional tuvo que lidiar con tres tendencias, con intereses enfrentados entre sí: los socialistas, los republicanos y el partido del orden. Su instauración vino acompañada de la sanción del sufragio universal, pero pronto aquellos que bregaban por una república social se verían confrontados por los que se contentaban con una república liberal.

En ese contexto, se convocó a la elección de una asamblea nacional constituyente con mayoría moderada y legitimista, minoría demócrata-socialista y casi ninguna participación del polo obrero. El resultado fue el viraje hacia políticas más conservadoras que provocó el malestar entre aquellos que habían llevado adelante la revolución, poniendo el cuerpo en las barricadas, derivando en los levantamientos de junio. Estos serán aplastados rápidamente, sustrayéndole al proletariado el papel protagónico durante el resto del proceso. Las demandas de orden y estabilidad se vieron reflejadas en las elecciones de diciembre que consagraron a Luis Bonaparte en el cargo de presidente de la república, quien comenzará a acumular poder durante los años subsiguientes.

En el marco de estos vertiginosos cambios, Tocqueville y Marx siguen el pulso de los acontecimientos. En febrero de 1848, se hacía evidente para ambos que aquellos que llevaban la revolución hacia adelante no estaban haciendo otra cosa que recuperar a los actores que la historia había dejado atrás. Desde esa certeza, Marx afirmaba que “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (Marx, 1973, p. 15). Esa misma sensación atraviesa a Tocqueville al estar frente al pueblo en armas que intentaba acalorarse con las pasiones de sus padres, a quienes imitaban con “sus gestos y sus poses, tal como lo habíamos visto en el teatro” (Tocqueville, 2015, p. 46). Una sensación que lo lleva a concluir que “un tiempo nunca se ajusta a otro tiempo y aquellos cuadros antiguos que tratamos de encajar por fuerza en marcos nuevos producen siempre un mal efecto”

(Tocqueville, 2015, p. 34). A sus ojos, la escena era la de un “esfuerzo universal por acomodarse al acontecimiento que la fortuna acababa de improvisar” (Tocqueville, 2015, p. 67). Así, luego de ese afortunado golpe de mano, el autor de *El Dieciocho Brumario* se lamentaba de que “las viejas fechas, el viejo calendario, los viejos nombres, los viejos edictos [...] y los viejos esbirros” (Marx, 1973, p. 18) fueran revividos de la podredumbre por el pueblo para no encajar bien en ese nuevo marco que ofrecía 1848.

Esta secuencia llevaría a los actores desprevenidos a cometer los errores que acabarían por signar su destino. Siguiendo la afirmación de Kosellek (1993) “la historia del mundo es el juicio del mundo. Lo que desecha el minuto no lo restituye ninguna eternidad” (p. 142). Los acontecimientos del '48 exhibían la contradicción entre dos concepciones de tiempo en disputa: “un presente que se ciñe al pasado” y que al mismo tiempo busca abrirse al futuro; “un pasado que pesa como loza sobre el presente” pero que al mismo tiempo busca ser rectificado por ese mismo presente (Valencia García, 2006, p. 49). En esa contradicción participan nuestros autores, intentando restituir el tiempo histórico, descarrilado, a sus vías originales.

Reviviendo un pasado que no acababan de entender, los revolucionarios imaginaron — dirá Tocqueville— que “bastaba con convocar a la gente a la vida política para unirla a su causa, y que, para hacer amar la república, era suficiente otorgar unos derechos sin procurar unos beneficios” (Tocqueville, 2015, p. 83). Creían convocar al pueblo en ayuda de la revolución, pero no hicieron otra cosa que darle las armas contra ella. El primer desenlace fue la Asamblea Nacional de la cual formó parte el mismo Tocqueville; una asamblea, dirá Marx, que era “una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de febrero y había de reducir al racero burgués los resultados de la revolución” (Marx, 1973, p. 24).

En efecto, el clima de efervescencia que se vivía en las calles parisinas contrastaba con los temores de la campiña. La revolución reinaba en París, pero, contrariamente a lo que creían sus participantes, esta no mandaba en Francia. El terror se apoderaba de las demás clases mientras el pueblo de la capital se imbuía de las ideas socialistas que permanecerían en el recuerdo de aquella revolución, dirá Tocqueville, para la que la república se había convertido en un mero medio para lograrlas. En el campo, cuenta el autor, la revolución había pasado casi desapercibida; allí, en principio, se trataba de la caída de Luis Felipe. Pero cuando notaron el desorden que reinaba en París y que comenzaba a atacarse el principio de propiedad comprendieron que se trataba de algo distinto. Ya no eran, relata Marx, los

campesinos revolucionarios que se habían levantado en 1789 sino los conservadores, aislados en las parcelas entregadas por el primer Bonaparte.

Comprendida la situación, a los campesinos les quedaba reaccionar. Esto llevó a la Asamblea Nacional a representar a una nación que no buscaba el cambio profundo de la sociedad sino el orden. Para entonces, como se puede ver en *El Dieciocho Brumario*, toda reivindicación, incluso la del “liberalismo más vulgar” (Marx, 1973, p. 27), era castigada como un “atentado a la sociedad” y calificada de socialista. Frente al rechazo de sus candidatos, nos cuenta Tocqueville (2015), los revolucionarios “entraban en una gran tristeza y en una gran cólera, se los oía quejarse [...] de la nación a la que trataba de ignorante, de ingrata” (p. 83). La sociedad se disgregaba así en dos grandes grupos: “los que no poseían nada, unidos en una común codicia, y los que poseían algo, en una común angustia” (Tocqueville, 2015, p. 83).

La escena era inquietante; mientras la asamblea se dedicaba a discutir sobre la futura constitución, fuera del recinto algo nuevo se gestaba. La monarquía burguesa había sido derribada seguida por una república burguesa y el problema, ahora, era que los revolucionarios querían en realidad más que eso. Los burgueses seguían siendo los grandes ganadores de los acontecimientos que abrían y propulsaban el siglo XIX, pero no eran ellos los que llevaban adelante y ponían el cuerpo a la revolución. No, “son los insatisfechos, los que tienen necesidad de otra historia porque con ésta no se sienten identificados y que son capaces de ‘interrumpir’ a la historia actualizando un pasado no caduco” (Valencia García, 2006, p. 49).

Así, tarde o temprano, esa ebullición estaba destinada a estallar y ese momento se dio con los levantamientos de junio. En ellos el destino de la revolución quedaría sellado en las calles de París con la sangre de los obreros. El proletariado se había enfrentado, dirá Marx, a “la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeños burgueses, el ejército, el lumpenproletariado organizado, los intelectuales, los curas y la población del campo” (Marx, 1973, p.25). El proletariado había quedado solo y no sorprendió a nadie, entonces, que, una vez más, perdiera. En las provincias, explica Tocqueville (2015), la indignación frente a la capital las llevó hasta a “afrontar la idea de hacerle resistencia” (p. 111).

La oportunidad llegó en las elecciones del 10 de diciembre que no fueron, según Marx (1973), otra cosa que “una reacción de los campesinos, que habían tenido que pagar las costas de la revolución de Febrero, contra las demás clases de la nación, una reacción del campo contra la ciudad” (p. 38). En aquel agitado clima político, Tocqueville afirmaba que la nación

estaba como un rebaño asustado y que de ese temor surgió de pronto, por primera vez, el nombre de Luis Napoleón. Aparecía finalmente la figura del “sobrino del tío” a salvar a la nación que había sido abandonada a su suerte pero que aún conservaba, sentenciaba Marx, “el recuerdo de las ollas de Egipto”, aquellas que un Napoleón anterior había traído consigo al retornar a Francia luego de su campaña y tomar el poder.

III. 1849: el funcionario y el revolucionario

La llegada de Luis Bonaparte al poder calmaría las aguas del Sena, los estallidos revolucionarios habían acabado y con la derrota de junio “el proletariado pasa al fondo de la escena revolucionaria” (Marx, 1973, p. 25). Con la calma llegaba una nueva tarea para nuestros autores: si los sujetos revolucionarios no habían hecho otra cosa que repetir el pasado, ahora lo que debían intentar era construir un futuro. La cuestión sería qué futuro planeaban construir Tocqueville y Marx desde las antípodas del escenario político.

La participación de Tocqueville en el proceso constituyente, donde intentó implementar algunos de los dispositivos constitucionales que tanto lo habían fascinado en su viaje a Estados Unidos, no fue muy productivo y placentero, sino más bien infructuoso y accidentado. El atravesar las barricadas de junio para poder arribar al recinto y sesionar no sería lo que más lo afectó, sino el no haber podido cumplir con sus objetivos. Al año siguiente, en marzo de 1849, relataba en una carta a Edward Everett⁴: “aunque he sido uno de los miembros del comité constitucional en la Asamblea Nacional de Francia, no asumo ninguna responsabilidad por el resultado de ese comité. He criticado enérgicamente algunas de las partes más importantes de nuestra nueva constitución” (Tocqueville, 2009, p. 99).

En los debates constituyentes, Tocqueville —basándose en la constitución estadounidense— había bregado infructuosamente por canalizar dos iniciativas. La primera era la instauración de una república federal para acabar de una vez por todas con la centralización administrativa que llevaba a la consecuente pérdida de libertad individual que él tanto defendía. La segunda, derivada de la primera, era la bicameralidad del legislativo, que buscaba evitar las leyes pasionales que pudieren surgir de una cámara única. Nada de esto quedaría plasmado en la constitución, ya que ambas propuestas eran consideradas por los franceses como una división de la soberanía y de la propia nación. Otra cuestión que retoma

⁴ Político estadounidense.

de su estancia en América es la existencia de un colegio electoral para la elección presidencial con el objeto de atemperar la demagogia de los líderes y las pasiones populares, y que tampoco se tendrá en cuenta en el texto final de la constitución. No obstante, respecto de otras cuestiones sobre el poder ejecutivo, las opiniones de nuestro autor diferían de la legislación norteamericana. Entre ellas, era un ferviente opositor de la posibilidad de reelección del presidente. Aunque admitía que el presidente estadounidense podía ser reelecto sin correr demasiados riesgos porque tenía muy poco poder, para el caso de Francia se hacía evidente —en su perspectiva— que el titular del ejecutivo abusaría de su autoridad para permanecer en el cargo. En este sentido “Tocqueville estima que la república solo es viable a condición de que se dote de un ejecutivo fuerte”, pero también “estima indispensable que la fuerza política del ejecutivo sea compensada por medios descentralizadores” (Jaume, 2007, p. 197).

Finalmente, nuestro autor solo logró ver coronada con el éxito una de las iniciativas que supo defender en los debates constituyentes: la no reelección del presidente. Los avatares del rumbo político no lo disuadirían, sin embargo, de aceptar el puesto de ministro de relaciones exteriores en el gobierno de Luis Napoleón. En una carta escrita en junio a Richard Rush⁵ le confesaba: “Acepté un cargo en el gobierno en contra de mis inclinaciones [...] Lo acepté solo con la esperanza de contribuir al restablecimiento del orden y, como usted dice, al fortalecimiento de la República moderada y constitucional” (Tocqueville, 2009, p. 104).

Mientras Tocqueville comenzaba a trabajar en el gobierno napoleónico en la búsqueda de estabilidad para la república recién instaurada, Marx, aún en París, mantiene el contacto estrecho con el partido revolucionario, buscando exactamente lo contrario. Esta filiación es la que lo lleva en junio a escribir a su gran amigo Friedrich Engels diciéndole que “sin embargo nunca el volcán de la revolución ha estado tan cerca de una colosal erupción como ahora en París” (Marx y Engels, 1971, p. 19). Lo que a Marx lo entusiasma —la posibilidad de la revolución— es lo que asusta al partido del orden que se encuentra en el poder. Es por eso que en julio, en una carta a Engels, le explica que “lo que Thiers y compañía están planeando es convertir a Luis Napoleón en cónsul por diez años” (Marx y Engels, 1989, p. 205), en pos de sostener el orden hasta encontrar un buen reemplazo que permita mantener la estabilidad política. En tanto la revolución no estalla y reemerge la sombra del consulado vitalicio que el

⁵ Político estadounidense, fue ministro de los Estados Unidos en Francia (1847-1849).

primer Bonaparte supo conseguir en 1802 a través de un plebiscito, nuestro autor sigue de cerca la supuesta desintegración de la mayoría parlamentaria, tomándola como una señal de que tarde o temprano la república caerá y muy probablemente por un nuevo *coup de main* del proletariado.

Poco duraría Marx en Francia, quien debió trasladarse a Londres luego de ser deportado de París ese mismo año en el mes de agosto, y poco duraría Tocqueville en su puesto del gobierno francés, al que renunció en noviembre. Ninguno consiguió aquello que estaba persiguiendo en la arena política francesa: ni la revolución victoriosa del proletariado, que había perdido inminencia con la mejora del comercio hacia finales de 1849 (Balibar, 1984), ni la instauración de una república tranquila a la americana, como fue descrita en el prólogo de *La Democracia en América* en su edición de 1848. Luego de renunciar a su puesto en el gobierno, las esperanzas de Tocqueville respecto del futuro comienzan a esfumarse de su correspondencia. En noviembre de 1849 le escribía a su amigo Gustave Beaumont⁶ que “estamos marchando todos los días, no rápidamente, sino irremediamente, hacia una crisis” (Tocqueville, 1986, p. 241). A diferencia de la certeza de Marx, el pensador y político francés no estaba muy seguro hacia dónde se dirigía la república, pero sí lo estaba acerca de donde no iría: el imperio. Así se lo transmitió a Beaumont en otra misiva:

Probablemente, alguien te dirá que un intento imperialista es inminente; que esto es solo el precursor muy cercano de algo más grande y más decisivo; esta es la creencia más difundida y debo decir que los propios líderes de los partidos están bastante dispuestos a pensar así y sienten una gran inquietud. Creo que están equivocados (Tocqueville, 1986, p. 235).

De lo relevado hasta aquí, durante el primer año de gobierno de Bonaparte, no hay señales de parte de nuestros autores de que exista la posibilidad de un imperio. Sí son evidentes — para ambos— los deseos de parte del presidente y del círculo que lo rodea de abusar del poder para conseguir todo aquello que ambicionan mientras permanezcan en sus cargos: lejos de ser ese “cretino que podremos conducir, como había dicho Thiers, el príncipe-presidente tenía una idea precisa de las instituciones que deseaba, fundada a su vez en el análisis de la cultura política francesa y en beneficiarse de las torpezas de sus adversarios” (Jaume, 2007, p. 207). Pero lo que para Tocqueville y Marx aparece claramente presentado en el escenario es

⁶ Magistrado francés, amigo cercano de Tocqueville y compañero de viaje a Estados Unidos.

que Francia está convulsionada y que tarde o temprano —aunque no saben cuándo ni cómo— una crisis política volverá a afectarla.

IV. 1850: entre el desinterés y el escepticismo

El segundo año de la Segunda República francesa tomará a Marx sumamente desinteresado en su vida política. Una vez que las posibilidades de revolución inminente se extinguieron, y que se vio expulsado a Londres, comenzó a volcarse sobre otros temas. Por un lado, reorienta sus estudios hacia una crítica de la economía política que, años después, dará como resultado el primer tomo de *El Capital*. Por el otro, se enfocará en el proceso de unificación italiana junto a Engels, con quien intercambia cartas casi semanalmente. En todas ellas se pueden encontrar párrafos específicamente dedicados a analizar la situación italiana y a su vez a comentar y criticar las ideas y escritos que les llegan de Giuseppe Mazzini⁷. Francia, por el momento, sale del foco de interés en la correspondencia de los autores de *El Manifiesto Comunista*.

Tocqueville, por su lado, se encuentra cada vez más escéptico respecto del futuro de su nación. En enero expresa su incertidumbre a su gran amigo Arthur Gobineau⁸ a través de una analogía:

Imagina a un hombre que viaja en una noche de diciembre sin luna y bordeado de nieblas, y dime un poco de la sensación que tendría al mirar por la puerta los efectos del paisaje. Este hombre es toda Francia, es una noche de esta especie la que nos rodea. Los hombres que tienen anteojos no ven más allá que los que solo tienen sus ojos y todos los ciegos caminan juntos golpeándose unos a otros en la oscuridad, esperando que lleguen todos juntos al abismo que puede estar al final del camino (Tocqueville y Gobineau, 2010, p. 35).

Con esta metáfora, sin duda sombría, Tocqueville expresa su anhelo de que una luz alumbre el camino, aunque lo que vean hacia el final sea un “precipicio inevitable”. Pero ese precipicio —que refiere a la pérdida de la libertad— aún no tiene un nombre. O al menos, no emerge necesariamente como la caída hacia un repertorio ya conocido: el imperio. En una carta dirigida en mayo a Gobineau, sostiene que Luis Napoleón sabe perfectamente que no tiene las herramientas para desarrollar una revolución imperial y que tampoco puede pasar

⁷ Activista italiano que bregaba por la unificación de su país.

⁸ Diplomático y filósofo francés.

completamente por encima de la asamblea: “Vio que un nombre no bastaba para todo” (Tocqueville y Gobineau, 2010, p. 92).

Si bien el pueblo parisino no pudo “sobreponerse al recuerdo napoleónico” (Marx, 1973, p. 18), para Tocqueville ese recuerdo se encuentra ya lo suficientemente desdibujado como para permitir a la asamblea presentar y defender su caso. Esto lo obligará, afirma en su carta, a llegar a un acuerdo con el legislativo. Bonaparte renuncia al imperio y a ir contra lo dictaminado por la asamblea, pero a cambio recibe una ampliación de sus poderes en el ejecutivo. En ese contexto, un dato parece seguro para nuestro autor en la búsqueda de un orden estable: tanto el legislativo como el ejecutivo buscan un cambio en la constitución, garantizando a Bonaparte permanecer más tiempo en el poder, y una disminución de las libertades individuales. Por el momento, ese es el precipicio al que se dirige la carroza de la historia francesa.

V. 1851: lecturas del *coup d'état*

El año del *coup d'état* comienza con una arena política donde se arremolinan cada vez más nubes conspirativas. Tanto desde la asamblea como desde el ejecutivo existen deseos de quitar el poder al otro. Frente a esto, Marx como Tocqueville volverán a concordar en un punto central: la masa electoral quiere a Bonaparte en el poder. No sorprende que sea este el mismo año en que comienza a debatirse una posible reforma constitucional para permitir la reelección del presidente.

En ese convulso escenario, Tocqueville (2002) explica en una carta enviada en febrero a Francisque de Corcelle⁹: “la nación lo ha adoptado menos por sí mismo que por la idea de autoridad que representa, y al mismo tiempo por odio a la Revolución” (p. 260). Lo que la nación francesa está buscando es la estabilidad política, y para lograrlo no importa que se pierdan libertades o que el presidente permanezca en su puesto un año más. Tocqueville adhiere a ese deseo de orden, pero esto no implica que esté dispuesto a perder sus libertades individuales. En consonancia, en esa misiva explica que no le molestaría abandonar la república si toda la nación estuviese de acuerdo en hacerlo, e incluso insiste en que se podría proponer instalar una monarquía constitucional de la que Luis Napoleón fuera la cabeza. En medio de la profunda división política que aqueja al país, esa alternativa sería preferible, antes

⁹ Político francés.

que salir a buscar un nuevo gobernante que intente volver a unificarlo. Solo había dos problemas: por un lado, “la nación, una vez aparentemente derrotada, dejará por un tiempo que su nuevo líder haga lo que quiera”; y por otro, “Louis Napoleón [...] nunca se reducirá a someterse ni siquiera a la influencia indirecta de un parlamento” (Tocqueville, 2002, p. 261). La preocupación tocquevilliana no derrapa hacia la posibilidad del imperio, sino que más bien perdura en la pérdida de las libertades por la imposibilidad napoleónica de acordar con un poder legislativo que represente las distintas fuerzas políticas que disputan en la sociedad francesa.

Entretanto, los dos máximos representantes del comunismo, Marx y Engels, vuelven a reflexionar sobre la situación francesa desde el otro lado del Canal de la Mancha. Esta vez, no por iniciativa del primero sino del segundo. Como Tocqueville, Engels reconoce en la masa francesa, y especialmente en la clase burguesa, una imagen cada vez más favorable de Luis Napoleón. Según él, es posible ver que la masa no es monárquica, ni republicana, ni imperialista, sino presidencialista. Pero luego agrega una observación en una carta escrita en febrero de ese año dirigida a Marx:

Pero lo mejor de todo es que tan deliciosa indecisión sólo es posible en la masa, y que cualquiera que quisiera dejar su marca como representante oficial de esta tendencia, dentro de seis meses se vería obligado a abandonar su neutralidad en favor de una determinada fracción realista o imperialista (Marx y Engels, 1989, p. 280).

Esta es la primera referencia, dentro del radar de nuestros autores, donde comienza a esbozarse la posibilidad del imperio. Engels tiene muy claro que a la república le queda poco tiempo de vida, y en ese marco se dibuja la idea —todavía en escorzo— de que la derivación imperial puede estar al final del camino. Tal vez fue ese fantasma el que lo condujo a emprender, en ese mismo mes de febrero, la lectura sobre la historia francesa, y más específicamente sobre el consulado y el imperio napoleónico. Así, durante la primera mitad de 1851 y a través de largas cartas, le comenta a Marx sobre las hazañas militares napoleónicas. Comentarios que, con un tono jocoso, son desestimados por su amigo. Ocupado en sus asuntos de deudas y pagos, le contesta:

mientras tú te ocupas de la historia militar, yo estoy dirigiendo una pequeña campaña en la que es probable que me venzan poco a poco, y de la que ni

Napoleón ni siquiera Willich, el Cromwell comunista, habrían podido escapar (Marx y Engels, 1989, pp. 323-324).

Marx continúa exhibiendo un cierto desinterés por los temas franceses y presta mayor atención a otros que se despliegan en el resto de Europa.

Llegado el mes de mayo, el desinterés comienza a disiparse y Marx se ocupa de los conflictos que está experimentando la política francesa. La reforma constitucional es inminente, lo que implica una perspectiva positiva para Bonaparte respecto de su reelección, pero también la posibilidad de una confrontación con el candidato opositor, Louis Eugene Cavaignac. Como Tocqueville, Marx remarca el deseo de la población, especialmente de la clase burguesa, por encontrar una estabilidad duradera, aun cuando ese objetivo implicara la permanencia de Bonaparte como presidente. Así dirá que “la burguesía preferiría a Cavaignac; pero la amenaza al statu quo de un cambio radical de elección les parece demasiado grave”. Y asegura a continuación que “ya un gran número de fabricantes han obligado a sus manos a firmar peticiones para una revisión de la Constitución y la prolongación del gobierno presidencial” (Marx y Engels, 1989, p. 367). Como planteará luego en su registro de los hechos, “comprendemos que, en medio de esta confusión indecible y estrepitosa [...] el burgués, jadeante, gritase como loco a su república parlamentaria ‘Antes un final terrible que un terror sin fin’” (Marx, 1973, p. 119). Afirmación que vemos plasmada una y otra vez en las cartas de Tocqueville: antes ver el precipicio inevitable que seguir moviéndose en esa noche oscura y sin estrellas. La incertidumbre, insoportable para los franceses, debía terminar sin importar su costo.

En ese clima político, Tocqueville es elegido para formar parte del comité de decisión sobre la revisión constitucional. Dicho comité se declaró a favor de la misma, pero solo en el caso de que se hiciera por los canales legales; es decir, llamar a una nueva asamblea constituyente que sancione los cambios necesarios. La imposibilidad de una rápida reforma deja a Luis Napoleón y a sus partidarios sin muchas opciones. Comienza a volverse cada vez más probable el *coup d'état*. De todas maneras, Tocqueville en una carta de junio de ese año dirá que “mantengo la opinión que siempre he tenido, como usted sabe, que la reelección del Presidente es inevitable y que la única pregunta es cuán grande será la mayoría” (Tocqueville, 1986, p. 261). Si bien lo inevitable se acerca, nuestro autor aspira a guardar las legalidades que garantizan el orden y las libertades que ha defendido siempre.

Marx, por su parte, frente a lo que considera la pantomima francesa, de un pueblo que va derecho a elegir por el sufragio universal a una asamblea que no lo representa y de presidente a un hombre que solo representa los girones que quedan de una sociedad anterior, opina que “quizá sería bueno que la calma persistiera unos años más para que toda la democracia de 1848 tuviera tiempo de pudrirse” (Marx y Engels, 1971, p. 238). La historia debe seguir su curso, sin importar hacia dónde se dirija, puesto que todas las etapas, si bien repetitivas, sirven para demostrar que, en última instancia, la única revolución verdadera acaba siendo la proletaria.

Y pronto la historia desemboca en su primera caída, ya prevista por nuestros autores: el 18 brumario de Luis Bonaparte, cuando aquel 2 de diciembre de 1851 declara el estado de sitio y disuelve la asamblea, quedando solo él a la cabeza de Francia. Tocqueville estuvo encarcelado dos días y en ese clima le escribe a su hermano una de sus cartas más desanimadas y escépticas sobre el futuro:

no hacía falta que me dijeras que no conspirara contra el nuevo gobierno. No soy un niño, y conozco mi camino. Sé que se acabó el golpe, se cometió el crimen, y que lo único que queda por el momento es someterse (Tocqueville, 2002, p. 261).

Entretanto, frente a semejantes escenas, Marx y Engels están extáticos. En una carta a Marx, tan solo un día después del golpe, Engels afirma “la historia de Francia ha entrado en una etapa de extrema comicidad”, y agrega: “¡Y qué bien han atrapado a todos los viejos burros!” (Marx y Engels, 1989, p. 504). Pero esto no es lo único que resalta del acontecimiento. La repetición se vuelve cada vez más notoria para él, lo que lo llevará a acuñar la célebre frase que luego formará parte de *El Dieciocho Brumario*: “parece como si el viejo Hegel, disfrazado de Espíritu del Mundo, estuviera dirigiendo la historia desde la tumba y, con la mayor conciencia, haciendo que todo se representara dos veces, una como una gran tragedia y otra como farsa podrida” (Marx y Engels, 1989, p. 505). Y esa repetición solo puede ir en una dirección, que es aquella que fue determinada por la historia: “cuánto tiempo más el Espíritu Mundial, claramente muy indignado por la humanidad, va a continuar esta farsa, ya sea dentro del año veremos Consulado, Imperio, Restauración y todo pasar antes nuestros ojos” (Marx y Engels, 1989, p. 506).

Marx, sin embargo, no se siente lo suficientemente seguro para realizar semejantes predicciones. Tal vez por ello, estas últimas palabras quedaron excluidas de la primera página de *El Dieciocho Brumario*. En su respuesta a Engels dirá que “es difícil, incluso imposible, hacer algún pronóstico en un drama con Krapülinski¹⁰ como héroe” (Marx y Engels, 1989, p. 508). Del imperio no se hace mención en esta misiva y su autor evalúa que la situación en la que entra Francia es mejor que la anterior, porque se le hacía evidente que en algún momento se daría un *coup d'état* y siempre era más fácil lidiar con Luis Napoleón —a quien el apodo de Krapülinski lo representa en su propia idiotez— que con los astutos generales de la asamblea.

VI. 1852: tardías señales del desenlace

Como dijo Tocqueville en su momento, ya todos sabían que el golpe estaba hecho, pero la pregunta era ahora por el futuro de Francia y de aquella república que parecía condenada. Los prospectos de ese futuro no eran buenos. Sin embargo, en esas proyecciones no necesariamente aparece la inminencia de un imperio. Hasta Engels abandona sus premoniciones, disuadido por la indecisión de Marx.

Desde Francia, el autor de *La Democracia en América* se ha retirado completamente de la vida pública. En una carta a Francis Lieber¹¹ declara:

Aunque nos hubiera resultado bastante fácil volver [a él y a Beaumont], hemos abandonado por completo la vida pública y hemos decidido permanecer apartados de ella mientras no podamos defender las ideas y sentimientos que nos han guiado hasta ahora (Tocqueville, 2009, p. 132).

De todas maneras, su completa retracción de la arena política no impide que siga reflexionando sobre Francia. Es en ese momento que se aboca a la escritura de *El Antiguo Régimen y la Revolución* y que comenta con sus allegados la posibilidad de la instalación de una monarquía constitucional. En una carta fechada en enero de ese año, le dirá a Comte de Chambord¹² que la instalación de dicho gobierno es posible solo en el caso de que se cumpla con cuatro libertades mínimas: “1) La garantía de la libertad individual; 2) Una sincera representación nacional; 3) Libertad y publicidad completa de las discusiones parlamentarias;

¹⁰ Krapülinski es el personaje de un poema de Heinrich Heine que relata el encuentro de dos hombres que se autoproclaman héroes pero que no son más que dos inútiles.

¹¹ Filósofo y político germano-estadounidense.

¹² Nieto de Carlos X, figura importante entre los legitimistas.

4) Libertad real de prensa” (Tocqueville, 2002, p. 263). Esto garantizará un gobierno estable y duradero donde las libertades puedan lentamente realizarse.

Mientras tanto, Engels le escribe a Marx y previene, nuevamente, sobre el futuro: “Luis Napoleón ya ha hecho sospechar a todo el mundo, toda Europa resuena con clamores y ruidos de guerra” (Marx y Engels, 1972, p. 58). Marx coincide con esa perspectiva de futuro; la guerra, tarde o temprano, regresará a Europa. En febrero, Marx reenvía a Ferdinand Lassalle¹³ la carta que recibió de un amigo que se encuentra aún en París, explicando cómo se vive la situación desde dentro. Allí, el relator desconocido determina que los salones de París “vuelven a llenarse de soplones elegantes de los que no se sospecha, como bajo el Imperio” (Marx y Engels, 1972, p. 61). Ya no se habla de otra cosa, dice la misiva, que de los deseos de conquista de Bonaparte. Así, poco a poco, la idea imperial comienza a deslizarse cada vez más en las conversaciones.

Para agosto, la inminencia de la posibilidad imperial ya resulta clara para George Summer¹⁴, amigo de Tocqueville, quien le pregunta: “¿cuál es la situación en Francia? ¿Están justo en medio del Imperio, van a seguir siendo una república?” (Tocqueville, 2009, p. 134). Por su parte, Marx ya está hablando abiertamente del imperio, como se observa en una misiva que envía a Engels en septiembre. En ella dirá que, frente a todas las posibles conspiraciones contra Luis Napoleón, él es partidario de “esperar a que Bonaparte sea emperador y se haya desgastado un poco más” (Marx y Engels, 1972, p. 225). A esa altura, Bonaparte acumula más y más poder en sus manos y comienza a hablar abiertamente de la posibilidad de rehabilitar el pasado en toda su potencia. En su discurso de Burdeos, en octubre, dirá: “Para hacer el bien del país, no es necesario aplicar nuevos sistemas; pero sobre todo para dar confianza en el presente y seguridad en el futuro. Por eso Francia parece querer volver al Imperio”. El ciclo repetitivo no había culminado el 2 de diciembre de 1851. Si en esa fecha se llamó a un referéndum para aprobar la reforma constitucional que ampliaba drásticamente las facultades del poder ejecutivo y extendía por diez años el mandato —como ocurrió en 1799 con la constitución consular—, exactamente un año más tarde, la repetición concluye con “el sobrino del tío” coronado como Napoleón III, segundo emperador de Francia, y ratificado —como el primero— por un plebiscito popular.

¹³ Político alemán, iniciador del movimiento socialdemócrata.

¹⁴ Abogado y juez estadounidense.

VII. Reflexión final

La repetición se había consumado y ni Marx ni Tocqueville habían podido predecir ese final. Como hemos visto a lo largo de sus cartas, pese a las señales dadas por sus interlocutores, el imperio no fue para ellos una posibilidad hasta que ya era una realidad inminente para toda la nación francesa a la que tanto tiempo le habían dedicado sus estudios y reflexiones. El nuevo régimen, plebiscitado por el sufragio universal masculino, ponía fin a una república que no había llegado a dar sus primeros pasos —ya fuera por la vía del orden o la revolución— pero abría el camino a un gran número de interrogantes que atravesarían la reflexión teórica durante el resto del siglo XIX y cuyos ecos perduran hasta el presente. ¿Cómo lograr instaurar instituciones capaces de encausar el régimen democrático para que no arrase con las libertades del individuo?, en versión tocquevillana. O en versión marxiana, ¿cómo las condiciones sociopolíticas pueden torcer el rumbo de una revolución y permitir a “un personaje mediocre y grotesco representar el papel del héroe” (Marx, 1973, p. 58)?

Si el golpe de 1851 hizo apremiante encontrar respuestas a estas preguntas, el plebiscito de 1852 clausuró la posibilidad de una respuesta inmediata. No obstante, abría un nuevo interrogante, tal vez más profundo e inquietante: ¿qué hacer con los intereses que permanecen opacos a esos individuos y esas clases sociales que tanto se intenta interpelar y cómo develárselos? En esa opacidad residía una de las paradojas que había abierto la representación de la soberanía popular. La repetición que Tocqueville y Marx no pudieron o no quisieron ver, se modeló en la matriz plebiscitaria del imperio napoleónico.

Frente a esa deriva, ambos autores se retiran al ámbito del estudio. Si sus teorías habían sido tomadas por sorpresa por hechos que no habían podido predecir, como plantea Manent, entonces estas debían ser repensadas. Así, podemos ver a Tocqueville, desde Sorrento, afrontando la escritura, por tanto tiempo pospuesta, de una nueva gran obra, *El Antiguo Régimen y la Revolución*. En ella se retrotrae a esa Francia fenecida para estudiarla y comprender la realidad presente y futura de su nación. Y también podemos ver a Marx, sentado en su escritorio de la *British Library* estudiando en mayor profundidad los textos de economía política. Estudio que daría como resultado los tres tomos de *El Capital*.

La segunda república, condenada desde un inicio, había muerto frente a los ojos de nuestros autores en manos de un pueblo embelesado y un emperador plebiscitado. Luego de años de observar y analizar de cerca la realidad francesa, esta se había escapado de los

parámetros que poseían para estudiarla. Eran como aquel protagonista de Cortázar (2010) que es asesinado por la espalda mientras lee el último capítulo de la novela donde se relata su propia muerte.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, Enrique (2008). *Alexis de Tocqueville. Una lectura introductoria*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Arendt, Hannah (2009). *Sobre la Revolución*. Madrid: Alianza Editorial.
- Balibar, Étienne (1984). *Cinco ensayos de materialismo histórico*. México D. F.: Laia.
- Claudín, Fernando (1985). *Marx, Engels y la Revolución de 1848*. Madrid: Siglo XXI.
- Cortázar, Julio (2010). Continuidad de los Parques. En Cortázar, Julio *Cuentos Completos I* (pp. 307-308). Buenos Aires: Alfaguara
- Furet, François (2016). *La Revolución Francesa en debate. De la utopía liberadora al desencanto en las democracias contemporáneas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García Márquez, Gabriel (2005). *Crónica de una muerte anunciada*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Jaume, Lucien (2007). Tocqueville y el problema del poder ejecutivo en 1848. En Roldán, Darío (ed). *Lecturas de Tocqueville* (pp. 189-212). Madrid: Siglo XXI.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Buenos Aires: Paidós.
- Majul, Octavio (2021). Historia Intelectual. En Noretto, Luciano y Wieczorek, Tomás (Dirs.). *Métodos de teoría política: un manual* (pp. 39-60). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani-CLACSO.
- Manent, Pierre (1990). *Historia del pensamiento liberal*. Buenos Aires: Emecé.
- Marx, Karl y Engels, Frederich (1971). *Correspondance tome 2 1849-1851*. Paris: Editions Sociales.
- Marx, Karl y Engels, Frederich (1972). *Correspondance Tome 3 1852-1852*. Paris: Editions Sociales.
- Marx, Karl y Engels, Frederich (1989). *Colected Works*. New York: International Publishers.
- Marx, Karl (1973). El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Buenos Aires: Anteo.
- Núñez, Manuel (2022). Tocqueville, Marx y la revolución de 1848. *Cuadernos del Ciesal*, 2 (1), 1-29.
- Roldán, Darío (2007). *Lecturas de Tocqueville*. Madrid: Siglo XXI.
- Rosanvallon, Pierre (2015). *El momento Guizot*. Buenos Aires: Biblos.
- Sazbón, José (2002). *Historia y representación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Tarcus, Horacio (2023). Prólogo. En Marx, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (pp. 9-48). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tocqueville, Alexis de y Gobineau, Arthur de (2010). *Correspondance Entre Alexis de Tocqueville Et Arthur de Gobineau, 1843-1859*. Whitefish: Kessinger Publishing.
- Tocqueville, Alexis de (1986). *Selected letters on politics and society*. Berkeley: University of California Press.
- Tocqueville, Alexis de (2002). *A life in Letters and Politics*. Hoboken: Wiley-Blackwell.

- Tocqueville, Alexis de (2009). *Tocqueville on America after 1840, Letters and Other Writings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tocqueville, Alexis de (2015). *Recuerdos de la Revolución de 1848*. Buenos Aires: Editorial Claridad.
- Valencia García, Guadalupe (2006). "La temporalidad social como problema metodológico acerca de la reconstrucción de la historicidad". *Imaginales*, (4), 41-56.